

Cien palabras de soledad

(Viaje por la última carretera del Ártico)



Someternos al hielo, arrodillarnos, rogar por nuestra suerte, por la nieve, por el cielo moribundo. Sí, aquí todo recuerda a lo mítico porque el mundo sigue indomesticable, la tundra reza sepultada por la materia blanca. Los lagos están helados. La aurora refleja sus halos en el cielo. Y el hombre teme enloquecer.

Los samis, los pueblos indígenas del ártico escandinavo, inventaron alrededor de un centenar de palabras para definir la materia absoluta que los envuelve. Nieve blanda. Nieve dura. Nieve helada. Nieve vieja... La nieve domina los puntos cardinales. Es la

cuna del niño. El patio del recreo. El suelo de la cabaña. El lecho de los amantes. El lugar del sacrificio. Protege la tierra, la aísla del tiempo.

El sami, el noruego o el extranjero, están obligados a fundirse con ella, ser un copo más. Fueron los hombres del Sur los que trajeron otra palabra: la carretera. Y nosotros sentimos la sangre conversar con el hielo frente al kilómetro infinito engullido por las fauces de estos gigantes entre las arrugas de su lecho helado.

La ruta 69 cruza por la parte más septentrional de Laponia noruega, hasta morir en el non plus ultra, tras 129 kilómetros. Hoy lo llamamos Cabonorte, o Nordkapp. Está a situado a más 71° grados al norte, pasado ya el último paralelo, en el extremo polar de la isla de Mageroya. Es lo más lejos que se puede llegar por asfalto. Por de encima de aquí no hay nada: tan sólo el archipiélago de las Svalbard y el salvaje hielo del ártico.

Este es el Sahara blanco. Aquí el humano se refugia, claudica. En ocasiones no distinguimos los límites, qué es cielo, qué es montaña, qué será mar. En ocasiones no distinguimos nuestra sombra, y el terror a ser secuestrados por lo absoluto nos invade. Cien palabras no bastarán para describir esta soledad, ni aún tomándolas prestadas del sami. Y como en un mantra aparecerá deletreado el silencio, el- silencio.

Al iniciar el viaje - justo cuando muere la última gran carretera europea, la E6- en el cielo observamos estupefactos el mito de los guerreros vikingos. La muerte del sol. El sol es una estrella inane. El débil dios es devorado por los lobos del ocaso. Las bestias (nubes grises y plateadas) lo descuartizan. Dicen que esperará herido al resurgir en un ciclo prehistórico. En primavera podrá alzarse. En junio quebrará el hielo. Y con su poder, en verano, asfixiará a la oscuridad. El sol de medianoche brillará sobre los flashes. Será el día eterno. Hasta entonces, el invierno seguirá petrificado. Los lobos vencerán.

La ruta nace como una serpiente helada en la ciudad de Olderfjord. Lleva a un lugar en el que el hombre parece estar de paso, como si la naturaleza le permitiera vivir por un pacto de compasión. Símbolo moderno de la antigua migración, la carretera es constantemente borrada por la nieve y el hielo. Culebrillas de escarcha la cruzan por la danza del viento, como en un fantasmal rito de apareamiento. Se dirigen al sarcófago del

ártico. El Océano ártico, sí. Esa inmortal masa de colores grises, cianes y turquesas que establecen los límites durante todo el trayecto. Es la bestia gris que nos observa, en eterno reposo, adentrándose en la tierra, como agazapada, esperando saltar sobre el mamífero que descansa en ella. Estamos en el ángulo más cerrado del planeta, apenas hay espacio para este horizonte que se despeña contra el océano mar.

*Cien palabras de soledad no bastan. La soledad del que viaja a ninguna parte. La soledad pública, ciudadana, humana, resulta artificial. Jack Kerouack, chamán de la generación beat, en su libro *En el camino*, utilizó la ruta 66, que cruza de Este a Oeste los Estados Unidos, como metáfora de la exaltación de la vida. Pero Kerouack está muerto. Y aquí el individuo no es nada. Y la sociedad es "soliedad". Su espíritu podría vagar por esta carretera helada. Porque la ruta ártica es la anticarretera de Kerouack, del mismo modo que la muerte es la antítesis de la vida.*

La eternidad helada nos conducirá a Honnisvag, capital de la isla. La ruta se arrima con timidez a desfiladeros nevados, a túneles submarinos, adentrándose por valles de dunas, esquivando oasis prehistóricos. Kerouack es aquí un fantasma que vaga y aúlla. Hace autostop a los solitarios camiones que cruzan disparados el Ártico. Los camioneros, con su veloz insolencia, demuestran que son los únicos señores del desierto.

Los hombres sienten que llegan al final del recorrido, y el absoluto silencio produce la impresión de que todos callasen ante la invisible mirada de estos titanes que brindan en sus palacios de hielo. Nadie quiere despertarlos, sino llegará la ventisca, el poder que cruza los mares en forma de remolino gris y brutal. Y se tragará a los hombres, a sus barcos, a sus puertos de pescadores, secuestrará almas y engullirá al sol.

Una capa más de soledad se posa en nuestra piel. Y ya no podremos sacudirla. Pequeños pueblos de coloridas maderas se diseminan a orillas del océano (Russenes, Ytre Nordmannset, Repvagstranda...) en dirección a Cabo Norte, la última frontera terrestre, meta de viajeros. Al cruzar los asentamientos, no vemos personas, sólo algún candil asfixiado, parecen purgatorios helados. Las quitanieves trabajan constantemente para afirmar que los humanos seguimos aquí. Si no fuera por ellas, y el resto de las máquinas, en meses no quedaría rastro. La carretera sigue siendo una herida blanca que

se retuerce en un océano congelado, porque al fin y al cabo estamos rodeados de agua, agua sólida en sus olas y espumas fosilizadas.

Sólo nuestras pisadas marcan el pecado, el sacrilegio contra el silencio. Imagino entonces, al ver mis huellas, y sentir el anatema, el último ritual solar que permanece en el mundo: cuando los habitantes de Honnisvag o Kamøyvær salen a ver el sol, el cual ha permanecido oculto durante dos meses. Saludan a esta tierra en la que se ruega contra los imprevistos, en la que no es posible el atardecer comprado. Y los lobos regresarán entonces a su guarida esperando el inicio de un ciclo prehistórico.

Al llegar a Cabonorte, nos damos cuenta de que esta parcela ha sido comprada por una cadena hotelera, porque los humanos siguen empeñados en domesticar la nada, esperan con ansias las predicciones del deshielo, para robar los recursos, para extenderse como una plaga corrupta. Sin embargo, la niebla y la ventisca nos dicen que aún gobierna la naturaleza aquí. Que estamos de paso, seguimos siendo vasallos.

Entendemos la metafísica de los hombres del Sur, que aquí, somos todos. Asumimos como propio el poema del exiliado Vladimir Holan: "Aunque en la tierra no existiera el silencio, ese nevar lo habría inventado ya en su sueño. Estás solo. Ningún gesto. Nada de qué hacer gala". Y entonces en medio de la oscuridad miramos al sol que renace en el Sur, entre reflejos de nieve incandescente. Volvemos a ver la herida de la carretera helada, volvemos a escuchar los diálogos del silencio, que nos dicen cuan pequeñas son nuestras preocupaciones, que liviana es nuestra cultura enfrentada al hielo. De este modo entendemos que la meta del viajero no era llegar al fin del mundo, sino la herida blanca en sí: el hecho de que el ártico nos permitiera cruzar sus entrañas como un peregrino en busca del vacío. Era vomitar nuestra alma para dejarla patinar.

Por Javier Rada